



Ambrose Bierce (1842-¿1914?)

Nota de la Redacción

Ambrose Bierce (1842-¿1914?). Editors' note

■ Ambrose Gwinnett Bierce, miembro de la reducida y desperdigada lista de ilustres norteamericanos cultores del relato breve, nació en Horse Cave Creek, condado de Meigs (Ohio), el 24 de junio de 1842. Fue el décimo de los trece hijos del matrimonio calvinista de Marcus Aurelius Bierce, agricultor de la variedad contemplativa, y Laura Sherwood, mujer a la que el duro trabajo intra y extramuros agrió el carácter. Su padre, más aficionado a la lectura que a las labores campestres, además de poner nombres empezados por A, desde Abigail a Aurelia, a todos sus hijos, también fue capaz de hacerse con una notable biblioteca de clásicos grecolatinos. En ella y un ambiente rico en estrecheces y peleas conyugales, el asmático, solitario y ávido lector Ambrose navegó desde muy pronto. Existen pocos datos fiables de esta etapa de su biografía, pero sí se sabe que a los quince años ya se había trasladado al vecino estado de Indiana y que trabajaba como aprendiz en el diario *Northern Indianian*, adalid del abolicionismo de la esclavitud. Allí permaneció hasta que, acusado falsamente de haber robado dinero, fue despedido.

Tenía 17 años, una fundada desconfianza en sus semejantes y motivos para no volver al hogar familiar, así que, tras algunos trabajos de poca monta, en 1859 se inscribió en la Escuela Militar de Kentucky, donde destacó en Táctica y Topografía. Y poco después de estallar en 1861 la Guerra Civil Americana, el espigado mozo Ambrose Bierce acudía a la llamada de Abraham Lincoln y se alistaba en el “Noveno Regimiento de Voluntarios de Infantería de Indiana”. Sirvió con brillantez como topógrafo y al cabo de un año ya era teniente de Infantería. Participó en primera línea en las cruentas batallas de Shiloh, Murfreesboro, Chickamauga, Nashville, Missionary Ridge y Rich Mountain, en la que se jugó el pellejo bajo el fuego confederado para rescatar a un soldado herido, y en la de Kennesaw Mountain, en la que un fragmento de metralla le hirió gravemente en la cabeza obligándole a convalecer varios meses.

Cuando se licenció en enero de 1865 conocía bien la sangre aún húmeda en los campos de batalla, el infinito sufrimiento de los heridos, las mezquindades de la retaguardia y la irremediable insensatez de la muerte de miles de hombres jóvenes.

Recuperada la salud fue contratado por el “Departamento del Tesoro para la Reconstrucción del Sur”, organización tan sobrada de buenas intenciones sobre

el papel como de corrupción en muchos de sus funcionarios. No sorprende que Bierce, asqueado del mefítico ambiente, volviera transitoriamente al Ejército en 1866, esta vez como ingeniero topógrafo con el rango de mayor a las órdenes del general Hazen, para inspeccionar los puestos avanzados en la frontera con Méjico y trazar mapas del Lejano Oeste. Ello le llevó al año siguiente a San Francisco donde, descreído y sobrado de experiencias, decidió recalar con la intención de hacerse escritor.

Pero, antes de dar a la luz su primera columna aún debió emplearse un año largo como guarda nocturno en la Casa de la Moneda, puesto que durante el horario laboral le permitía cultivar el dibujo y devorar una amplia biblioteca que iba de Juvenal a Swift, pasando por Voltaire, Tackeray, Pope y Twain.

A finales de 1868 publicaba sus primeras columnas en *The California Advertiser*, *The Californian* y el semanario *San Francisco News Letter*, páginas desde las que sorprendió su estilo, pulcro, original y cáustico, aplicado a las crónicas sobre la ciudad y la sátira política y que muy pronto le llevaría a ser conocido en toda California y el resto de los EEUU.

El éxito le llegó enseguida y, tras un breve noviazgo, en 1871 contraía nupcias con Mary (Mollie) Day Ellen, cristiana practicante e hija de un rico prohombre de la ciudad que costeó sin pestañear el viaje de novios de la pareja a Londres.

En la ciudad del Támesis fue muy bien acogido y no tardó en publicar artículos y ensayos en *Figaro* y *The Fun*, a la vez que mantenía la página satírica *The Town Crier* en *News Letter*. Allí, el *premier* William A. Gladstone elogió en público su talento y sentido del humor y se editaron sus artículos recopilados como libros: "Pepitas y polvo" (1872), "El placer del demonio" (1873) y "Telaraña en un cráneo vacío" (1874). El momento cumbre de ese período fue cuando, junto a Mark Twain, fue homenajeado durante una cena en el White Friars' Club.

En Inglaterra nacieron sus dos primeros hijos, los varones Day, en 1872, y Leigh, en 1874, que crecieron sin la presencia de un padre obsesionado con las

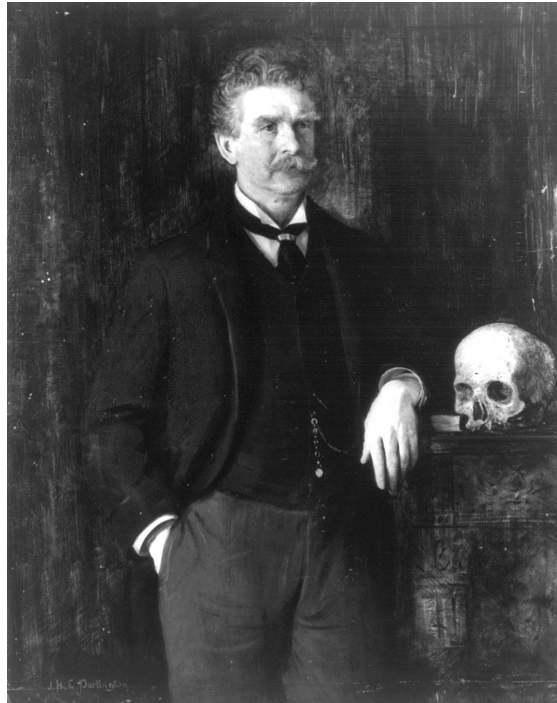


Figura 1. Ambrose Bierce (J. H. E. Partington, fecha desconocida).

publicaciones. Parece lógico que poco después, Mollie, otra vez embarazada, decidiera volver con ellos a San Francisco; si bien Bierce, en un rasgo de responsabilidad, retornaría al hogar familiar unos meses más tarde, poco antes de nacer Hellen, en 1875.

Pero, si la situación económica en EEUU estaba aún bajo los efectos de la Depresión de 1873 y muchos diarios habían cerrado, el ambiente doméstico de Bierce tampoco era idílico ya que su suegra convivía con el matrimonio, enredaba todo lo que podía y con frecuencia se refería a él como “ese miserable escritorzuelo camorrista”. Así que hubo de volver transitoriamente a su empleo en la Casa de la Moneda, hasta que Frank Pixley, un adinerado ultraconservador y racista radical, fundó un nuevo semanario, *The Argonaut*, como lanzadera de su propia carrera política y le empleó como escritor de prestigio. Bierce se volcó en la empresa y con una columna denominada “La charla” y unas definiciones de términos que serían la base de su futuro “Diccionario del diablo”, logró que alcanzara rápidamente una notable tirada.

Sin embargo, sus diferencias ideológicas con Pixley eran tan profundas que no tardaron en saltar chispas entre ellos. Así, mientras el dueño repartía sus odios a partes iguales entre chinos, judíos y negros, él escribía en su columna: “la Humanidad es estúpida y malvada, independientemente de su estatura, raza o religión”. La relación duró hasta que Pixley amenazó con deshacerse de la publicación y Bierce, por su *currículum* como topógrafo durante la Guerra Civil y el libro de mapas que había llegado a publicar en 1877, recibió la oferta de dirigir una explotación minera en Black Hills, Dakota del Sur. Y hacia allí partió en la primavera de 1880.

Sin embargo, la *Black Hills Placer Mining Company*, un caos en cuanto a organización, pronto tuvo bastantes más acreedores que capital y en un año quebraba sin haber pagado un solo dólar a Bierce.

Amargado, volvió a San Francisco, donde Pixley, todo un amigo, no le readmitió en *The Argonaut* porque le consideraba “acabado” y “tenía otros cien escritores mejores que él”. Con un asma que reaparecía con frecuencia, un hogar en el que paraba lo menos posible y sin un ochavo en el bolsillo, malvivió hasta que en 1881 se incorporó a *The Wasp*, donde se llevó la columna de “La charla”, desde la que fustigó a tirios y troyanos, con una notoria predilección por políticos, banqueros, funcionarios, clérigos y jerarquías de todo tipo, y prosiguió con sus definiciones satíricas de términos y conceptos. Dos años después dirigía el periódico, que fue rentable hasta que en 1887 Bierce recibió la económicamente irresistible oferta de William Randolph Hearst de incorporarse a *The San Francisco Examiner*, el diario con mayor influencia en el Oeste de EEUU.

Precisamente, la gran mayoría de críticos y estudiosos de su obra, coinciden en que con su columna, artículos y ensayos en el *Examiner*, Ambrose Bierce llenó durante veinte años uno de los períodos de mayor calidad literaria del periodismo americano.

Pero, poco después de llegar a esa tribuna, Bierce sufrió la concatenación de tres hechos de los que hacen tambalear cualquier espíritu. Así, en 1889 moría su hijo mayor con apenas 17 años en un duelo a pistola por un estúpido lío de

faldas; en 1890 descubría por azar las cartas cuidadosamente guardadas que un admirador enviaba a su esposa y, aunque ésta negó cualquier infidelidad, Bierce abandonó el hogar familiar para no volver; y, en 1891, su hijo Leigh, también antes de cumplir los 18, moría de una neumonía cuando acababa de publicar su primer artículo en un periódico de Nueva York. Y si hasta entonces su pluma había sido satírica hasta lo cáustico pero salpicada con gotas de humor, pasó a ser cada vez más sombría y rayana en lo macabro, hasta recorrer esos turbadores territorios de la imaginación que en América también exploraron Poe y Hawthorne. De entonces surgió su lema: “Nada importa” (*Nothing matters*), que no significaba, ni mucho menos, la sequía de su tintero.

Precisamente en 1891 publicaba en San Francisco “Cuentos de soldados y civiles”, compendio de 36 notables relatos inspirados o ambientados en la Guerra Civil americana, entre los que destacan “Suceso en el puente sobre el riachuelo del búho”, “Parker Adderson, filósofo y hombre ingenioso” y “La ventana tapiada”. El año siguiente salía de la imprenta su libro de poemas “Escarabajos negros en ámbar”, obra fallida que le llevó a reconocer sin ambages que “no era un poeta”; y, en 1893, “El monje y la hija del verdugo”, novela corta basada en un manuscrito medieval alemán, publicada por entregas en el *Examiner*, y “¿Pueden suceder esas cosas?”, 42 cuentos en los que se mezclan lo onírico, lo terrorífico y lo fantástico, y entre los que cabe subrayar “El clan de los parricidas”, “La muerte de Halpin Frayser” y “Una lucha tenaz”. Cuánto dolor y desesperanza debía haber en un espíritu capaz de crear tales historias.

A principios de 1896 Bierce marchó a Washington enviado por Hearst para ocuparse de un asunto tan poco edificante como repetido en el campo de la macroeconomía: la connivencia de las grandes empresas con los poderes públicos y siempre con el mismo pagano como denominador común, el contribuyente. Así, las compañías de ferrocarriles *Central Pacific* y *Union*

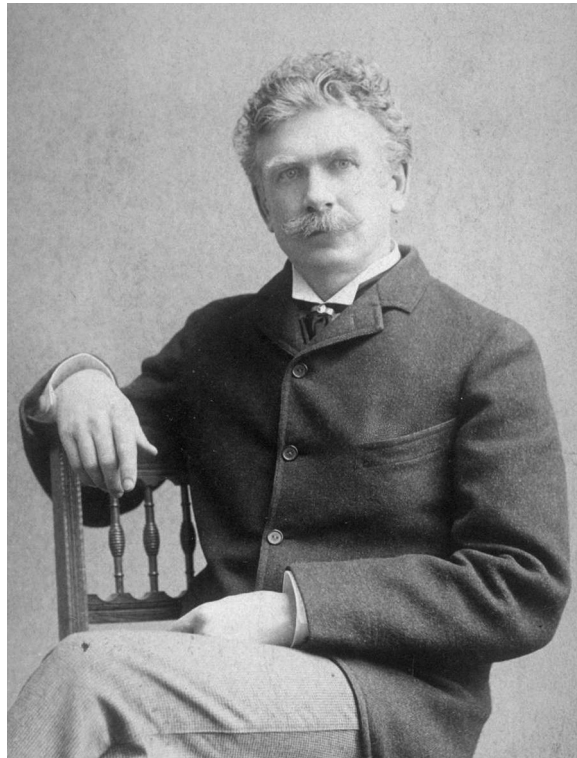


Figura 2. Ambrose Bierce (1892, autor desconocido).

■ Ambrose Bierce (1842-¿1914?). Nota de la Redacción

Pacific habían recibido una enorme suma, ciento cincuenta millones de dólares de la época, en forma de créditos “blandos” para construir el *First Transcontinental Railroad*, gran obra desarrollada entre 1863 y 1869 y que unía California con Utah. Curiosamente Collis P. Huntington, presidente del consorcio de empresas constructoras, “había convencido” a algunos congresistas para que aprobaran de manera discreta en el Congreso una ley que exonerara de su deuda a ambas compañías. Sin embargo, la información llegó a Hearst, y Bierce utilizó la demoledora artillería de su prosa para desenmascarar la operación, sus beneficiarios y colaboradores necesarios. El *San Francisco Examiner* publicó en primera plana sus crónicas enviadas desde Washington, la opinión pública se calentó de costa a costa y el enjuague se fue al traste. Incluso, parece ser que Huntington llegó a interpelar en público a Bierce sobre cuál era su precio, a lo que el escritor, agudo a la hora de improvisar, contestó: “Por supuesto... Mi precio son ciento cincuenta millones de dólares. Cuando los haya reunido espere a que yo esté lejos de Washington y envíelos a mi amigo, el Tesoro de los Estados Unidos”.

A finales de 1896 Bierce volvió a San Francisco donde fueron frecuentes los desencuentros con Hearst. Partidario de principios como la veracidad en la información y calidad en la redacción, desaprobaba el tipo de periodismo que representaba el que sería conocido como Ciudadano Kane. En una carta escribió al respecto: “Si alguna vez nacieron dos hombres para ser enemigos, fuimos él y yo. Siempre mantuvimos posiciones opuestas con respecto a casi todo, pero también es cierto que no llegamos a chocar definitivamente... No sé si por motivos congénitos o sencillamente por perversidad, en su cabeza no cabían conceptos como afecto, desinterés o generosidad”.

En 1899 publicaba “Fábulas fantásticas”, 245 textos de unas pocas líneas a una página de extensión, con un tono agridulce, burlón o francamente corrosivo, que recuerdan muy lejanamente a Esopo, La Fontaine o Samaniego, pero, por supuesto, sin una brizna de afán moralizante. Ese mismo año, con más problemas y enemigos poderosos de los que hubiera deseado, abandonaba San Francisco para ir a la ciudad de los rascacielos. Allí escribió con regularidad en *The New York American*, *Cosmopolitan* y *The New York Journal*, a la vez que mantuvo su colaboración en el *Examiner*. Tenía por entonces la grata experiencia de ver cómo George Sterling, su amigo de San Francisco y gran poeta en ciernes, recopilaba sus artículos y ensayos de veinte años y los publicaba en 1903 bajo el título “Modelado en arcilla”.

Su esposa, Mollie, de la que se había divorciado oficialmente el año anterior, moría en 1905 en Los Ángeles sin haberle reclamado un céntimo ni dedicado una sola palabra de reproche, algo que probablemente le hizo recapacitar y reconocer lo injusto de su comportamiento. (Por cierto, la suegra aún vivió algunos años más.)

La prestigiosa Doubleday & Page, de Nueva York, editaba en 1906 “Vocabulario de un cínico”, colección de 500 definiciones de términos publicados en distintos diarios a lo largo de más de dos décadas, base de su obra más conocida y tal vez más representativa, “Diccionario del diablo”, con más de mil entradas en su versión definitiva de 1909.

En 1906, veía cómo en San Francisco se publicaba una selección de sus ensayos titulada “La sombra en la esfera del reloj” y en 1908, tras una agria discusión, renunciaba a la colaboración con Hearst.

Bierce, cansado y achacoso, ya sabía entonces que había traspasado esa sutil línea que en el escritor marca el declinar si no del oficio sí de la energía y la originalidad, y aceptaba la oferta de colaborar con su amigo y futuro biógrafo Walter Neale en la recopilación de sus textos. Los doce volúmenes fruto de tan ingente tarea salían a la luz en Nueva York y San Francisco en 1912 con el título de “Obras Completas de Ambrose Bierce” (Neale Publishing Co). Y con ello su pluma guardó silencio.

* * *

A principios de 1913 visitó a su hija Hellen en Illinois, a la que dejó algunos papeles personales y, previendo su final lejos de allí, cedió los derechos sobre su tumba en California. Dedicó el resto del año a recorrer las ciudades en que había vivido y los campos de batalla de sus viejos tiempos de soldado. Quizá por su retina volvieron a pasar las imágenes del horror que nunca pudo olvidar y en sus oídos tronaron de nuevo los lamentos de los heridos y resonó el murmullo de las armas de fuego que siempre llevó en su memoria. En diciembre se reunió en una cena en San Antonio (Tejas) con los viejos camaradas a los que anunció su deseo de incorporarse a la Revolución mejicana.

Desde San Antonio fue, ya en Méjico, a Laredo y de ahí a El Paso y a Juárez. Aquí, con 71 años, se unió, probablemente como observador o cronista, al ejército de Pancho Villa y con él llegó a Chihuahua. De Chihuahua partió su última carta, enviada a Hellen el 26 de diciembre de 1913. En ella le comunicaba su intención de viajar al día siguiente a Ojinaga, ciudad que fue sitiada por el ejército regular el uno de enero de 1914 hasta caer el día once. Los muertos se contaron por centenares y los cadáveres fueron incinerados en grandes piras para prevenir epidemias. Su rastro se pierde ahí y todo lo que se ha escrito sobre su final no pasa de la categoría de hipótesis. Si Bierce cayó entre los sitiados y su nunca identificado cuerpo fue incinerado con ellos, o si, como se ha apuntado, fue fusilado por el propio ejército revolucionario; o si falleció más tarde de muerte natural, es algo que no se supo ni se sabrá con certeza.

Lo que sí parece es que, tal vez, con su salida buscó su liberación, y que muy probablemente así cumplió su ambición de doblar la última vuelta del camino sin hacer ruido ni ser una carga. Al fin y al cabo, quien con humor había definido las ligas como “bandas elásticas destinadas a impedir que una mujer salga de sus medias y devaste el país”, y la sátira como “especie de composición literaria en que los vicios y locuras de los enemigos del autor son expuestos sin demasiada ternura”, no incluyó en su Diccionario términos como ostracismo... o jubilado.